IDEELE - Nº 100

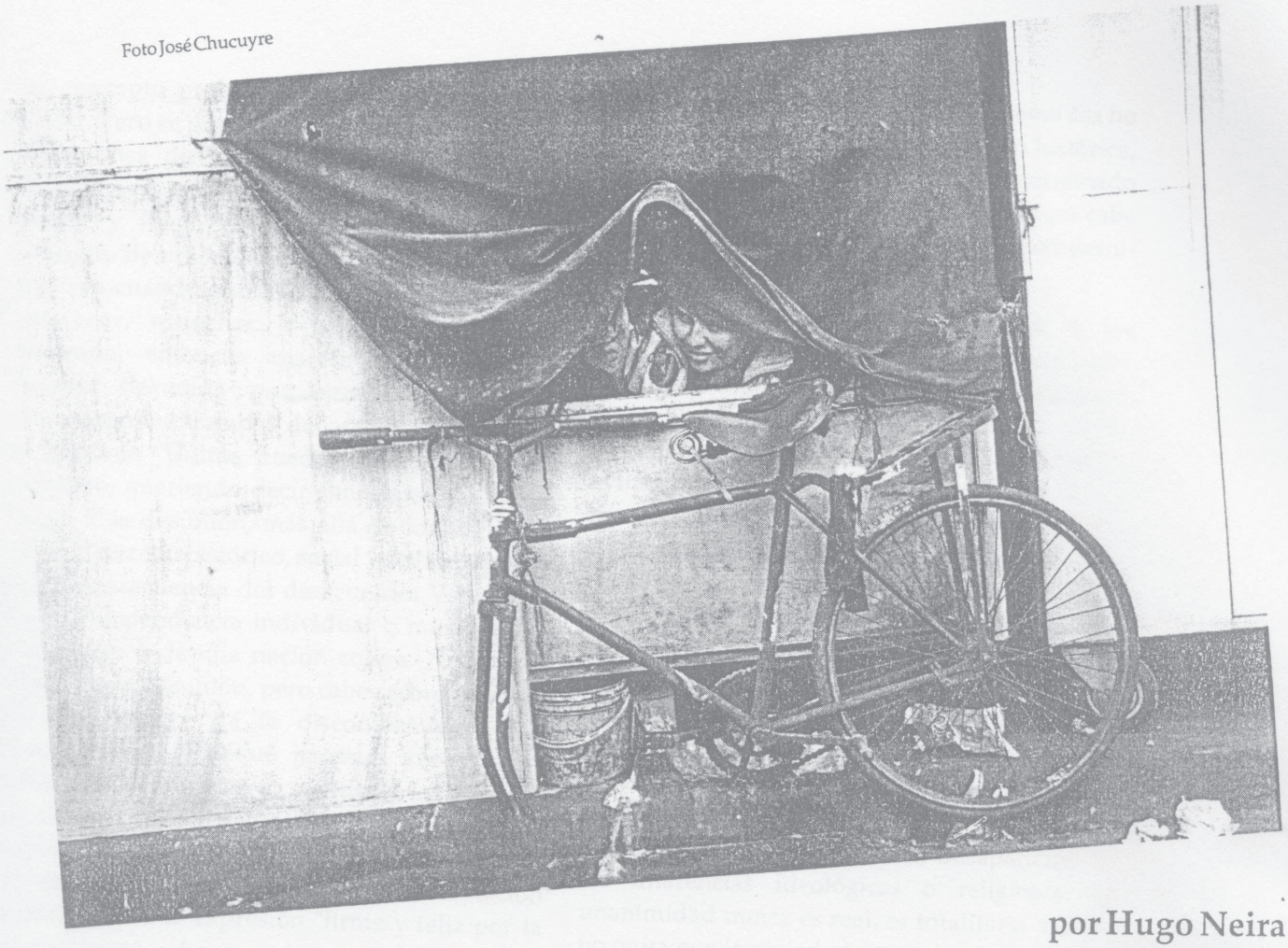

Foto José Chucuyre

por Hugo Neira

CONTRA LAS TRAMPAS DE LA UNANIMIDAD

En temas como el de la presente encuesta no hay verdades definitivas. ¿De dónde vendrían? ¿De qué dogma o escuela? No existe en nuestros días un sistema teórico consagrado. En consecuencia, los enunciados que siguen admiten ser parciales, históricos, contingentes. ¿Qué nos une y desune como peruanos? El listado puede ser larguísimo y en cada caso, se trate del medio natural o de la herencia histórica, muy ambivalente. ¿La naturaleza, los Andes? ¡Tanto nos dan un aire de familia! Raúl Porras y Riva Agüero decían que el paisaje comienza a ser peruano en cuanto es desierto, "de heráldica aridez"; igual el tablazo costeño y la fragmentación andina incomunican, separan, dividen. Podemos seguir enumerando indefinidamente las causas de la unión y de la desunión casi como una lista de lavandería. Ni siquiera el oprobio de una historia de reiterados fracasos es algo en común. Si 1879 fue la derrota del país criollo ante otro país criollo, Chile, no deja de ser cierto que las comunidades indias (o los coolies chinos) no lo vivieron de esa manera. Acabemos, pues, con el anunciado masivo de características que parecen fatales, sea la herencia histórica o la fragmentación social entre los múltiples senderos que bifurcan la realidad de los peruanos. Es tiempo de ver la historia, la sociedad, nuestro futuro como un proceso en nada homogéneo; y, sin esconderse tras ellos, enfrentarnos más bien a esos determinismos.

La pregunta parece sencilla y no lo es. Parte de la dificultad proviene del planteo mismo. El enunciado desliza una idea falaz. La unión se da por buena y la desunión por mala. Pero esto no es siempre cierto. Podemos estar unidos para cometer un crimen. Y desunidos discutir civilizadamente. No toda unanimidad es buena de por sí, ni pernicioso todo divorcio o distancia. Estoy diciendo, pues, que la idea de unión es

un concepto problemático. Unir, sin duda, es juntar. Pero se puede juntar gente para actos con intenciones distintas, para ir a una fiesta o limpiar una acequia, también para arrasar a sangre y fuego el villorrio más cercano. El concepto de unión se carga de una significación positiva cuando quiere decir aglutinar, anudar, hermanar, estrechar. Y su par opuesto, la desunión, entonces aparece como negativo. Familia desunida por ejemplo. Pero aquí comienzan las trampas del afecto, la ilusión de la armonía. Unirse puede tomar un sentido perverso, queriendo decir conjurarse y conchabarse. Y la desunión, más allá de lo familiar, y ya en el terreno histórico, social y político, puede ser la consecuencia del desacuerdo. Vale decir, de la independencia individual o moral de un ciudadano o de una nación entera. No haré el elogio de la desunión, pero cabe recordar que es el otro nombre de la disconformidad y la libertad Y si no, ¿qué hacemos con el libre albedrío, las minorías en política y los disensos en el curso de la invención de la ciencia y el conocimiento? En política, la desunión depende de quien la califique. En el lema de la nación peruana lucía la expresión "firme y feliz por la unión", pero cabe recordar que el Perú nació como República en un acto de discordia y alejamiento de España, y que las autoridades virreinales acusaron a los que hoy consideramos próceres de dividir la gran familia hispana. De hecho, las independencias rompieron al orbe ibérico. Estoy diciendo que, en términos de vida colectiva, la unión por sí misma es una expresión que carece de valoración. ¿La unión para qué? Ortega y Gasset recordaba la tendencia a confundir las instituciones naturales (como la familia) con las históricas o sociales, como el Estado. Tenemos los hermanos que nos da el azar, buenos o malos, decía el filósofo, no hay más remedio, pero las instituciones políticas son otra cosa. Estamos juntos, estamos en situación de miembros de una nación o de un Estado "para hacer algo". Una nación es un propósito voluntario de "comunidad de destino". Ese algo se llama -decía Ortega- un proyecto. Es decir, un sueño colectivo. Poco importa cuál fuese esa meta: hacerse ricos (Holanda en el siglo XVII), ricos y felices (Constitución americana), ser potentes (el III Reich), todos iguales y libres (la Constitución francesa jacobina de 1793), pero sea como sea no se está unido de manera natural sino histórica, vale decir, institucional. Con un determinado propósito, sujeto a reglas, a normas. Aquí cabe toda la idea contratalista. Es decir, la modernidad, de Rousseau para aquí.

Hay muchas cosas que desunen a los peruanos. Y muchas de ellas las encuentro fecundas, saludables. Hay sin duda un contexto nacional, una frontera, una realidad socioeconómica, unas leyes. Pero ese contexto no evita la existencia de diversas culturas. Tenemos, al interior de lo que llamamos Perú, memorias históricas diversas y desiguales, realidades múltiples. Incluso lo que llamamos popular es un conglomerado heterogéneo. Evitemos el fetichismo de la identidad nacional, hay varios países en el país que es el Perú. Ahora bien, esa fragmentación, que no es ninguna sorpresa, no es ni única ni es defecto. Todas las sociedades, unas más que otras, lo son. Ninguna sociedad es un todo unificado y homogéneo. Es sospechosa la desaparición de las diferencias ideológicas o religiosas. La unanimidad nunca es real, es totalitaria. Lo que no quita que la sociedad peruana y los peruanos tengan que hallar un punto de equilibrio entre la cohesión social (que no es unanimismo) y la comunidad de intereses diversos y antagónicos. Una sociedad sin conflictos no es tal, a lo sumo será alguna caritativa ilusión, alguna mentira colectiva.

Los conceptos de unión y desunión tienen reemplazo. Es mejor pensarnos desde la construcción democrática de consensos y disensos. Las sociedades que admiramos -las del Primer Mundo- son tan fragmentadas como la nuestra. Recordemos el mosaico de etnias y religiones que son Estados Unidos, o Suiza, o la España posfranquista y sus 17 gobiernos autonómicos que reconocen la pluralidad de las Españas. Las sociedades modernas no son más unidas que la nuestra, lo que pasa es que administran mejor sus desuniones. Expresan convergencias y diferencias. Sus ciudadanos se ponen de acuerdo en la manera de estar en desacuerdo. Que no nos asuste la desunión cuando trae consigo pluralismo, autonomía, libertad. Y que la palabra unión asociada a la de patria deje de ser un chantaje tribal.